

EN la introducción a las obras completas de Freud, publicadas por Biblioteca Nueva, Ortega y Gasset habla de ese hilo rojo que la Marina inglesa utiliza en el aparejo de sus navíos. Ese hilo rojo es la imaginación, que no da solidez a las convicciones de las ciencias, pero les da su arranque. Son las finas nervaduras de las catedrales góticas, que no descargan las líneas de tensión de las bóvedas, pero levantan la vista de los fieles.

Pues bien, la ciencia-ficción es ese hilo rojo de la ciencia, como lo es también la poesía y el arte en general. Ya por eso había hablado Mallarmé de romper el vidrio que separa la realidad de la ultrarrealidad: «... que este vidrio sea el arte o el misticismo». Fingiendo ciencia, estamos sin querer construyéndola, y hay un cordón umbilical, más o menos visible, entre la ciencia-ficción y la ciencia realidad.

Ahora bien, la ciencia-ficción no solamente predice lo que va a ocurrir, sino, paradójicamente, lo que está ocurriendo. Y me explicaré: hay corrientes subterráneas en la psique de ese animal colectivo que es la Humanidad, y que por ser corrientes subterráneas no aflorarán a la superficie hasta pasado algún tiempo. Pero están bajo nuestros pies. Se las oye rugir. Y el especialista en ciencia-ficción es el hombre de oído fino que, como los indios americanos, pega la oreja a tierra para detectar la existencia de esas corrientes y vaticinar su eclosión a la superficie.

Yo he comparado muchas veces a la ciencia-ficción con el sueño. El sueño no es, en efecto, sólo satisfacción de deseos reprimidos, como afirmaba Freud en su *Traumdeutung*, sino que es monitor y profeta: nos dice lo que puede ocurrir y lo que está ya ocurriendo sin que nosotros nos demos cuenta. Es timbre de alarma que suena, sin que no siempre lo consideremos como tal. Y la ciencia-ficción es un sueño más de la Humanidad.

La ciencia-ficción, «avant la lettre»

Antes que se hablase de ciencia-ficción existía, en efecto, ciencia-ficción. Porque desde los primeros tiempos el hombre soñó, y algunos de esos sueños se convirtieron en relatos mitológicos

PREDECIR LO QUE ESTA OCURRIENDO

Dr. ALFONSO ALVAREZ VILLAR

cos acerca del futuro de la Humanidad. La historia de la ciencia-ficción es, en efecto, la historia de la mitología. Los ciclos cósmicos maya-quitché son relatos fantacientistas, y en ellos no falta uno de los elementos favoritos de los relatos de SF: la catástrofe. En un magnífico libro de Jacques Soustelle, *Los cuatro soles*, se habla de estas catástrofes de la cosmología maya-azteca. Y Zimmer, en un libro clásico, *Las filosofías de la India*, se refiere a los kalpas del hinduismo. El arquetipo de la destrucción está, en efecto, en la entraña de todos los relatos cosmológicos, y ha habido muchos Ray Bradbury anónimos en la historia de las religiones.

Pero conviene que nos detengamos en algunas cuentas esenciales en este rosario de ideas acerca de la relación entre las utopías y la SF.

En primer lugar, toda utopía es fantaciencia, aunque no toda fantaciencia sea utopía. Muchas de las utopías, por otro lado, son perennes, son orbes cristalinos, como la Jerusalén celestial, de la que nos habla el Apocalipsis. Otras, en cambio, corren derechas a su destrucción, y aquí se halla la piedra de toque de la ciencia-ficción «avant la lettre» y de la ciencia-ficción actual.

Las utopías del Renacimiento son utopías, en el sentido más usual de este término. Y en esto se apartan y, al mismo tiempo,

se alejan del Timeo platónico. La Atlántida de Platón desaparece porque sus habitantes han ofendido a los dioses. Los geólogos dirán más adelante que la Atlántida es un continente, o al menos una franja de tierra (de la que todavía afloran las islas Canarias) que en un momento determinado de la evolución planetaria se hundió en el lecho del mar.

Pero lo importante es que la sociedad perfecta que imagina Platón es, en el fondo, imperfecta, puesto que hay en su mismo seno un gusano que roe sus entrañas: el de la impiedad. Las utopías, en cambio, de un Campanella, de un Tomás Moro, de un Bacon son consideradas «sub specie aeternitatis». Son perfectamente perfectas, si se me permite la redundancia, como lo será también, varios siglos después, el *Walden Dos* del psicólogo Skinner, que traza el cuadro de una sociedad tan cumplida que nos causa hastío.

No hay, en efecto, nada más aburrido que estas sociedades intachables de las utopías renacentistas. Sólo los tupa-guaraníes de la fundaciones jesuitas en el Paraguay podían haberlas soporado.

El Estado se reglamenta en ellas a golpe de ley y de calendario. Por ejemplo, en *La ciudad del Sol*, de Campanella, hasta la vida íntima matrimonial está sometida a la Astrología y a la Astronomía. Todo está previsto en

ella. No hay lugar para la invención, para la aventura. Se parece peligrosamente a nuestra sociedad contemporánea, esa sociedad contra la que protesta el protagonista de *El hombre que fue jueves*, de Chesterton.

Ahora bien, una paradoja de la naturaleza humana (¡tiene tantas!) es el amor de la inseguridad, que explica el que los hom-

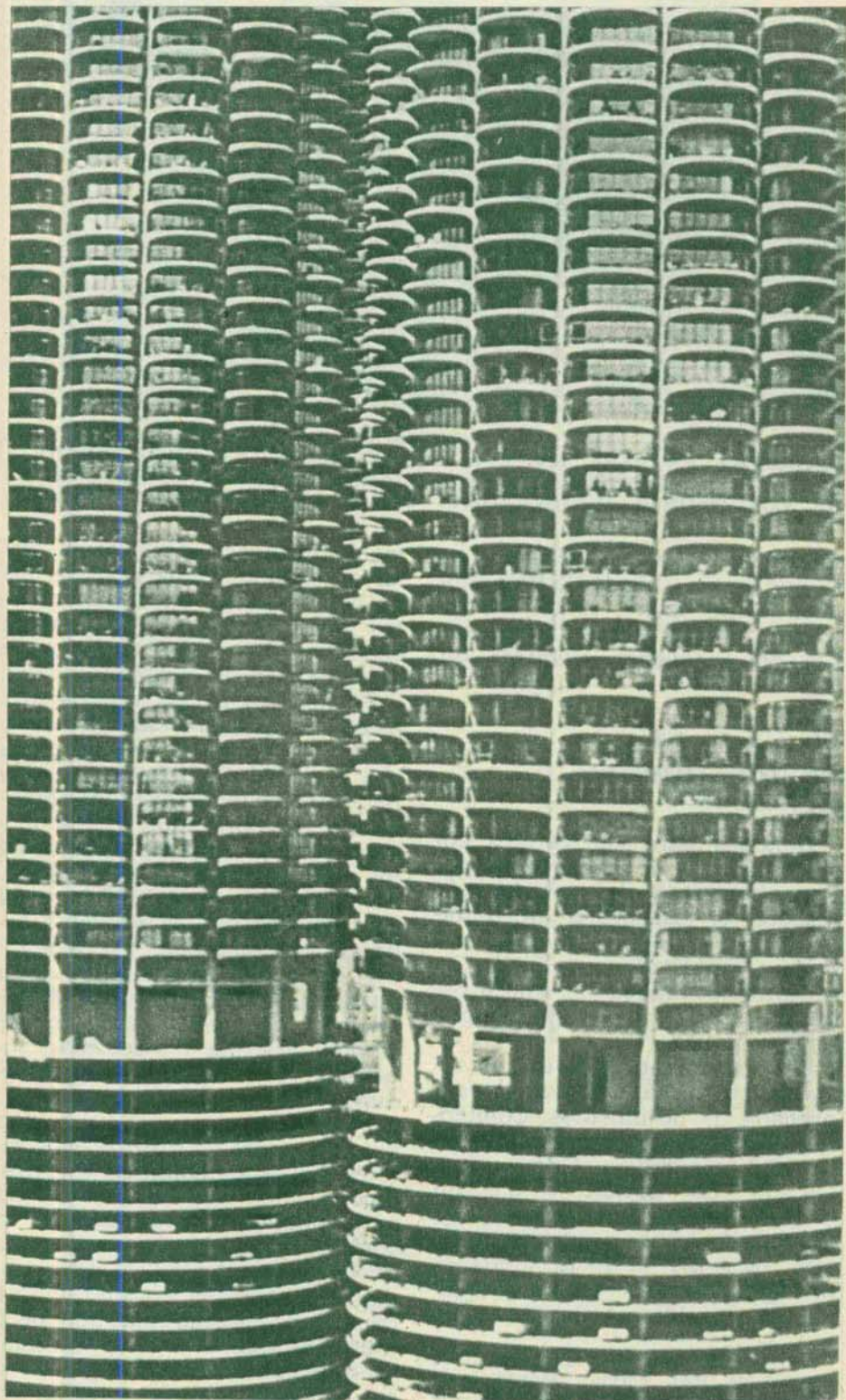
bres económicamente acomodados, que podrían pasar los fines de semana repantigados cómodamente ante el receptor de televisión, intenten escalar cumbres nevadas, arriesgando la vida. Es lo que explica la delincuencia gratuita, la infidelidad conyugal inexplicable, el cambio de orientación vital impredecible. Como en otro verso de Mallarmé, el poeta

francés antes citado, todo hombre y toda mujer desea «embarcarse en un navío que le conduzca hacia una exótica naturaleza». Y cuando no nos embarcamos en el navío nos convertimos en neuróticos: yo he conocido a una señora que perdió su sexualidad cuando un médico mal avisado la fijó fechas exactas para tener relaciones con su esposo.

La neurosis, en efecto, nos convierte en aventureros, «malgré nous». El que permanece en su casa temiendo al mundo, se construye un temible mundo mental. No me extraña que si algún día fuera posible realizar (cosa que no creo) las utopías de un Tomás Moro o de un Bacon, se obtendría el mayor porcentaje de suicidios y neurosis. ¿No se aproximan a las utopías ciertas sociedades contemporáneas cuya nacionalidad silenciamos y que, sin embargo, muestran un alto índice de droga-adicción, toxicomanía, alcoholismo, suicidios y enfermedades psiquiátricas?

Pero hay algo en que las utopías del Renacimiento y, claro está, también las de la antigüedad grecolatina (la República de Platón, por ejemplo) tienen una coloración afectiva de tonos rosados: su optimismo radical. Platón es, en efecto, un optimista teórico y práctico. He dicho teórico puesto que, como se sabe, pretende construir, «more geometrico», un Estado: el Estado de los filósofos; práctico, porque intenta convencer de las ventajas de la filosofía política al tirano Dionisio de Siracusa. Y Dionisio demuestra que sabe más filosofía que Platón o, para ser más exacto, más psicología (yo siempre me he referido a los psicólogos que son los políticos o, por lo menos, ciertos políticos líderes de masas). Porque Dionisio sabe que lo mismo que hay una masa de inercia en Física, hay también una masa biológica en las ciencias de la conducta. Es más fácil mover una montaña de su sitio que desplazar a una sociedad unos pocos centímetros más adelante.

Pero por lo menos, repetimos, estas utopías son optimistas. Confían, por lo pronto, en la posibilidad de que los hombres puedan ser gobernados racionalmente. Un Platón, un Tomás Moro, un Campanella son escultores para los que el barro humano es materia dócil. Y caen en el mismo optimismo en el que caerá más adelante Watson, aunque esta vez el optimismo behaviorista tenga una



UNO DE LOS PELIGROS QUE SE CIERNEN SOBRE LA SOCIEDAD ACTUAL Y QUE LA CIENCIA BARRUNTA ES EL DE LA EXPLOSION DEMOGRAFICA, QUE EHRLICH HA LLEGADO A CALIFICAR DE BOMBA DEMOGRAFICA.

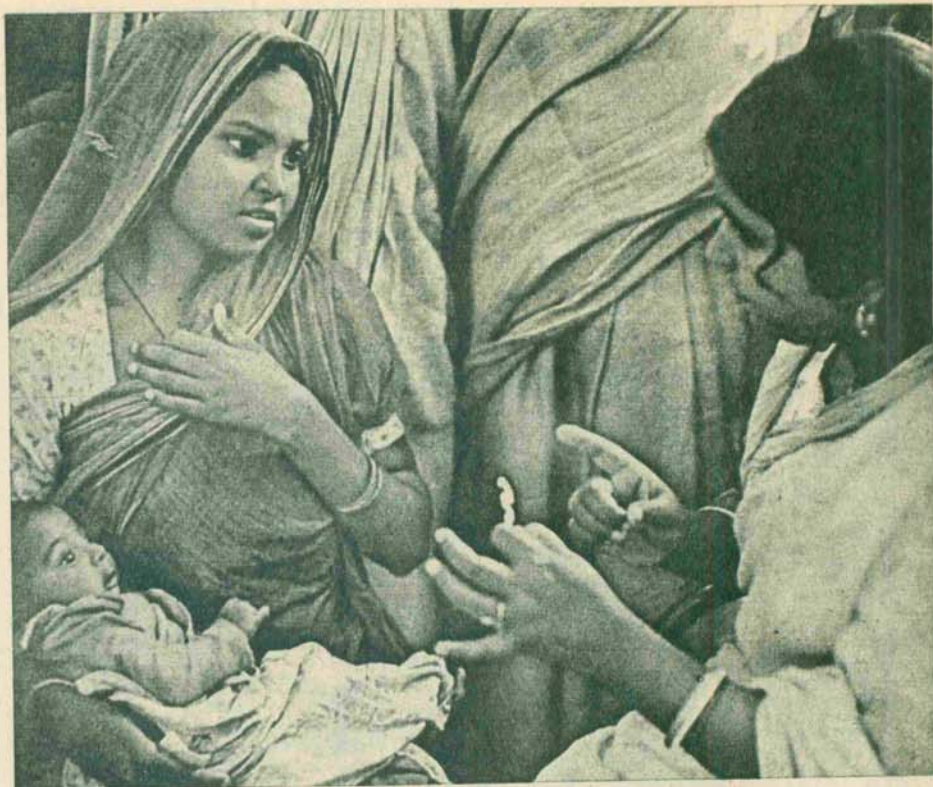
PREDECIR LO QUE ESTA OCURRIENDO

sólida base científica. «Dadme una sociedad —dirán ellos—, si se me permite parodiar las palabras de Watson, y podremos hacer de ella una sociedad justa». Y sin querer vuelven a poner en marcha el arquetipo del paraíso, ese arquetipo que hincha las velas de los navíos de Colón.

Y muchos años más tarde habrá un Owen y un Infantin que crean utopías-realidades, no contentándose ya con la mera ficción literaria, y habrá que estudiar, con la paciencia de un psicólogo de la cultura (yo haré algún día este estudio si el tiempo me lo permite), de por qué estos fanatismos fracasan. Yo casi me atrevería a repetir lo que he dicho en el anterior párrafo: fracasan por el aburrimiento, no por las maquinaciones políticas de los sectores de derechas ni por falta de recursos económicos. Fracasan, en otras palabras, porque son demasiado perfectas, y lo perfecto es, como se sabe, etimológicamente, lo que ya está terminado, es decir, lo que rechaza la vida, que es superación continua de imperfección.

Ahora bien, desde el punto de vista de la psicología de la cultura, las utopías del Renacimiento son algo más que el optimismo de un autor concreto. Son, sobre todo, el optimismo de una época. Ese optimismo se volverá a dar en el siglo XVIII, sólo que aquí lo utópico ya es más tópicos, si se me permite el juego de palabras: se localiza en las lejanas islas del Pacífico o en las más cercanas islas de las Antillas, que se van colonizando progresivamente. Y Voltaire buscará la utopía mucho más cerca: al otro lado del canal de la Mancha.

Existen, efectivamente, en la historia de nuestra cultura occidental, períodos de sístole y de diástole, de excitación y de depresión. Durante el Renacimiento nos hallamos ante un niño que acaba de descubrir un juguete perdido, la antigüedad, y que comienza a descubrir otro nuevo: el de la ciencia. Por eso las utopías que construye ese niño son cuentos de hadas en los que todo



DOS NIÑOS CADA TRES SEGUNDOS NACEN EN LA INDIA. PARA QUE EL PROBLEMA ENTRARA EN VIAS DE SOLUCION, LA CIFRA DEBERIA SER DE UNO POR SEGUNDO. EL GOBIERNO FAVORECE LA FORMACION DE COMADRONAS INSTRUCTORAS DE LA PLANIFICACION FAMILIAR.

sale bien. Un cuento de hadas en el que había soñado Platón muchos siglos antes, localizándolo en la Atlántida y que ahora localiza en *La nueva Atlántida* un Bacon.

El pesimismo de las utopías actuales

Dejamos para los lectores curiosos acerca de las utopías del Renacimiento y del pasado más remoto el magnífico libro de Mannheim, *Utopías del Renacimiento*, publicado por Fondo de Cultura Económica (*). Ahora pasamos a las utopías de la ciencia-ficción actual.

Contrariamente a la utopía renacentista, la utopía actual está preñada de pesimismos. Comienzan siendo, en efecto, pesimistas las autopías de un Aldous Huxley, de un Orwell y de un G. H. Wells. La de Aldous Huxley, *Un mundo feliz*, es, teóricamente, una sociedad perfecta, pero el protagonista se siente mortalmente aburrido en ella. Como co-

(*) Véanse también: *Historia de la utopía*, de Jean Servier. Monte Avila Editores, C. A., Venezuela. *Utopía*, de Arnheim Neusüss. Barral Editores, Barcelona. *Ray Bradbury, humanista del futuro*, de José Luis Garci. Editorial Elíos, Madrid.

mete «incorrecciones», se le exilia a Islandia, el paraíso de los no conformistas, en donde nuestro buen hombre se encuentra hasta con directivos hastiados de la perfección de ese mundo feliz.

En algunos de los relatos utópicos de Wells, *El durmiente* y *La máquina del tiempo*, se pinta una sociedad dividida en dos sectores irreconciliables: los hombres y los oprimidos. En la primera utopía terminan triunfando los subyugados, los explotados. En la segunda es escalofriante el contraste entre una sociedad feliz, pero degenerada, y otra lúgubre, enterrada literalmente, pero nutriéndose de la primera. Finalmente, *Diecinueve ochenta*, de Orwell, describe una sociedad gobernada por tres Ministerio-verdugos.

Y si Wells siente un repeluzno ante los males no futuros, sino vitales del capitalismo, Orwell predice los horrores de la sociedad anticapitalista por excelencia: la comunista. En estos tres clásicos de la ciencia-ficción, la Humanidad es concebida conjuntamente como un enorme cuerpo, pero inerte, al que se van aproximando inexorablemente dos gigantes rodillos: el de la opresión capitalista y el de la opresión comunista. Lo que en Campanella es visión sonriente de una sociedad

hipercontrolada, en Orwell es vivencia de escalofrío. ¿Seguiría sintiéndose optimista Campanella si los ciudadanos de su *Ciudad del Sol* tuvieran en sus habitaciones una cámara de televisión para controlar su vida privada?

El tema de la opresión política, el de la angustia política, en el sentido etimológico de la palabra, evidencian muchos otros autores de ciencia-ficción más cercanos a nosotros. Es un *leit motiv* incesante. Tendríamos incluso que componer un catálogo de obras. En *A la intemperie*, de Richard Wilson, se plantea de nuevo el tema conformistas-inconformistas. Aquí todo está previsto, nada queda abandonado a la iniciativa de los súbditos. Es también una sociedad perfecta, pero en la que las personas sensatas procuran huir. De nuevo, este estado providencial que anhelaban los utopistas del Renacimiento se transforma, para los autores de ciencia-ficción actuales, en un terrible peligro, en una pesadilla siniestra.

Sólo Isaac Asimov seguirá creyendo en estas sociedades impolutas, en estas metrópolis que abarcan todo el planeta sin dejar una brizna de hierba (salvo en los alrededores del palacio del Emperador). Pero es que Asimov es un científico, un ex presidente de la Sociedad Real Inglesa de Astronomía, y, como Skinner, cree en la infalibilidad de la ciencia, en la eficacia de las ideas adamantinas, no mancilladas por la ganga humana.

Explosión demográfica

Pero hay otros peligros que se ciernen sobre la sociedad actual y que la ciencia-ficción barrunta, sin más que tomar el pulso al hombre de hoy. Uno de ellos es el de la explosión demográfica, que Ehrlich ha subrayado con énfasis en su libro *La bomba demográfica*.

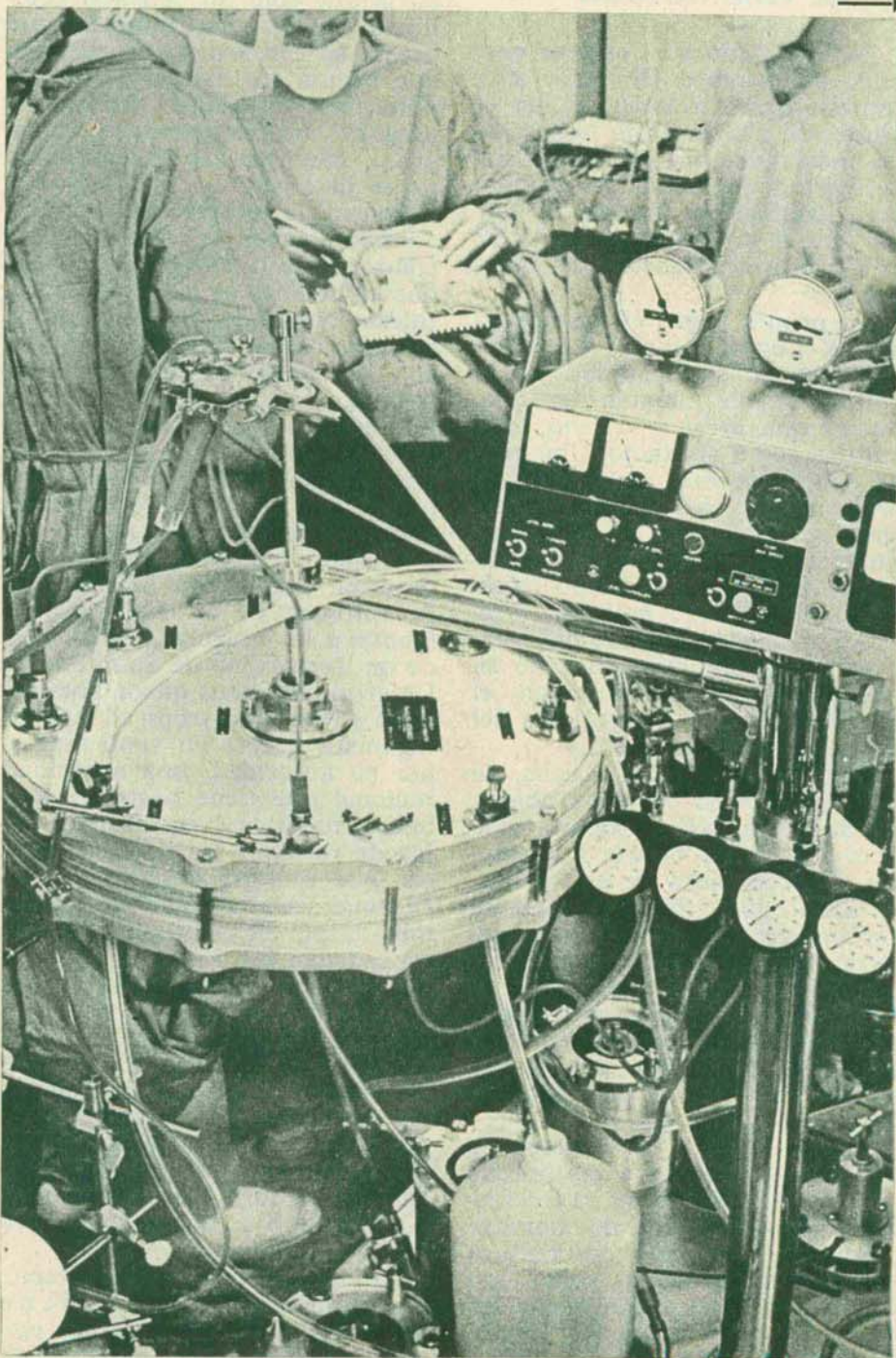
La vivencia de Ehrlich, la de aquella noche en que, paseando por un barrio indio, sintió en sus fosas nasales y en su carne el impacto de las miradas de seres humanos sudorosos y de los enjambres de moscas que se cernían sobre esa sociedad famélica y semi-desnuda, se repite en ciertos autores de ciencia-ficción.

Lecha, autor de un corto pero pavoroso relato (se ha dicho que el cuento de terror más terrorífico

co es uno que no tiene más allá de cincuenta palabras), habla de una enorme multitud humana que se reproduce sin cesar en un espacio que apenas mide un metro cuadrado para cada persona. Es el espectáculo de la «carne monótona, cansada, sucesiva», que describió el gran visionario Alexandre, nostálgico de ucronías perdidas.

Y entre los extranjeros, de manos de un autor de ciencia-ficción, cuyo nombre no recuerdo, porque, además, hay otros que han tratado casi exactamente el mismo argumento (dejo a mi ami-

go Vigil, ese erudito de la ciencia-ficción, que rellene el hueco memorístico de este modesto profesor de Universidad que tiene que leer tantos libros al cabo del año), asistimos a una caravana de automóviles, cuyos ocupantes se han disputado unos pocos metros cuadrados de playa durante su fin de semana. Han ido allí para olvidarse de los techos bajos, cada vez más bajos a medida que la población crece, incontrolada. Pero los dirigentes de esa utopía siniestra han encontrado un parche para remendar en lo posible los huecos de ese gran



INTERVENCIONES QUIRURGICAS, TRASPLANTES, BIOEXPLORACIONES, HAN PASADO DE LA FICCIÓN A LA PRACTICA COTIDIANA DE LA MEDICINA.

saco que se derrama incesantemente: hay un túnel que se cierra a intervalos fijos. Los ocupantes de los vehículos que pasan por ese túnel durante esos minutos quedan encerrados por compuertas infranqueables. Y familias enteras son entonces gaseadas, como en los campos de concentración de Dachau y de Auschwitz. Hitler y Himmler brindan métodos de control de natalidad a esa Humanidad prolífica.

La deshumanización de la Humanidad

Pero el hombre es el peor enemigo del hombre. El temor a la contaminación atómica es, en el fondo, un pánico hacia la sustancia más radiactiva del Universo: la libertad, que puede dar la vida, pero también la muerte. Y por eso uno de los *leit motiv* de la SF es el de la degradación del hombre.

En primer lugar, el pesimismo de las utopías actuales hace hincapié en la artificialidad de la cultura y no mienten en ello, puesto que, al fin y al cabo, toda cultura es un artefacto. Una gota de sangre de más en el cerebro —decía Nietzsche— puede convertir a un hombre en un loco o en un criminal. Y también, añadimos nosotros, un pequeño trombo en el delicado polígono arterial que hace del cerebro del hombre un cerebro humano y no simiesco, basta para producir el derrumbamiento estrepitoso del ídolo con pies de barro.

Por eso, en *Kraken acecha*, de Wyndham, todo se viene abajo: la educación, la filantropía, el respeto a las leyes, el arte y la ciencia. En otra obra de este autor, *El día de los trífidos*, el tema se repite: gran parte de los hombres han quedado ciegos, pero los escasos videntes que superviven utilizan sus ojos para precipitar el fin de la Humanidad. Hasta la heroína prefiere, celosa, que su amante deje de dar la mano a las mujeres ciegas.

En *La Tierra permanece*, de Stewart, se regresa a las hordas primitivas. Llegado un cierto momento, sólo queda un hombre culto en el planeta. La cultura se ha ido deshaciendo, como esos castillos de arena que hacen los niños en la orilla de las playas, aunque nosotros pensemos ahora que lo que la ciencia y la tecnología construyen permanecerá

PREDECIR LO QUE ESTA OCURRIENDO

«más fuerte que los bronce», aunque creamos que la civilización es un producto natural, como el aire, y no el producto de una agonía a lo Sísifo, en la que cada generación nueva hace, como la tábula rasa de Condillac, en la que sólo un delicado equilibrio entre una minoría que presta su cerebro y una mayoría que brinda sus manos o con sus potencias mentales inferiores, asegura cotidianamente el milagro..., mientras ese desequilibrio no se deshaga.

Contra la utopía del hombre animal-racional se alza la contrautopía de la SF actual, para la que el hombre es malo por naturaleza, tan malo que a veces la cultura queda distorsionada por él y le transforma en un animal todavía peor. La sociedad de *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, es el punto final de una aberración, la conclusión de unas premisas que se están formulando ahora, en un *hic et nunc*.

Y, ¡cosa curiosa!, lo que nos describe Golding en *El señor de las moscas* es el más rotundo mentís a las dulzuras románticas de un Bernardino de Saint-Pierre. Un grupo de niños queda abandonado en una isla tropical. El protagonista querrá en vano mantener su autoridad, una autoridad racional que tiene hasta su símbolo y todo: la caracola. Pero lejos de retornar las hadas benéficas que Voltaire descubre en su *Ingenuo*, criatura aún no contaminada por la civilización, se desencadenan las Erinias: aquellos niños se convierten en cazadores de instintos oscuros. Y no es ni siquiera Dionisio el que desplaza a Apolo: es Belcebú, el señor de las moscas, que pide inmoluciones humanas. El protagonista es rescatado no precisamente por el «buen salvaje», sino por la civilización en forma de un aeroplano que llega a tiempo para evitar el asesinato.

La ciencia-ficción es, en efecto, inmensamente realista: tiene siempre ante su mirada ese epíteto de «perverso polimorfo», con el que el gran psiquiatra vienés motejó al niño, vale decir, al

«buen salvaje». Y no ignora que hasta el egoísmo humano es capaz de convertir la cultura en un medio más de deshumanización. Cuando ese gran dinosaurio que es la tecnología en todas sus facetas, incluyendo las políticas y sociales, pierde el calor del Eros o, si se me permite, expulsa de su seno la caridad, se convierte en la más espantosa criatura carnívora. Y esto es lo que es la sociedad que expone Carlos Buiza en *El asfalto*: al protagonista no le deglute el asfalto derretido de la calle de una gran ciudad, sino el egoísmo burocratizado y tecnificado. Y lo terrible de esa utopía es que no es utopía, como ocurre con tantas obras de SF: es una caricatura de lo que ocurre ahora y lo que seguirá ocurriendo si Dios no lo remedia.

Abandonamos, en efecto, las obras de misericordia a instituciones especializadas: los seguros, los hospitales asépticos y fríos, la Policía de carreteras, «que tiene la obligación de socorrer a los accidentados»; los psiquiatras, «a los que para eso se les paga», y a los gobernantes, que deben ser, ante todo, grandes limosneros de la comunidad. El Buen Samaritano es hoy la institución creada por el Estado, o con los fondos de un aristócrata romántico, y a fuer de ser algo tan instituido, deja a veces de ser fontana de caridad. ¡Cuántos enfermos mueren en algunos países esperando que la burocracia arregle sus papeles y pegue las pólizas en los certificados e instancias correspondientes antes de dar el ansiado pase al médico y al hospital «benéfico»!

La ciencia-ficción, pulso del hoy y del mañana

Se ha criticado la escasa calidad literaria de muchas de las obras de ciencia-ficción. Es más, M. Green, en un magnífico artículo traducido en *Revista de Occidente*, afirma sin más que la ciencia-ficción no es literaria, puesto que hace más hincapié en una tesis que en la forma. En efecto, a muchos autores de ciencia-ficción les arrastra tanto la visión del futuro que descuidan el estilo, y pasan entonces a describir, con un lenguaje científico, lo que debería ser expuesto con el idioma del poeta.

La acusación de que la ciencia-ficción no es literaria es, sin em-

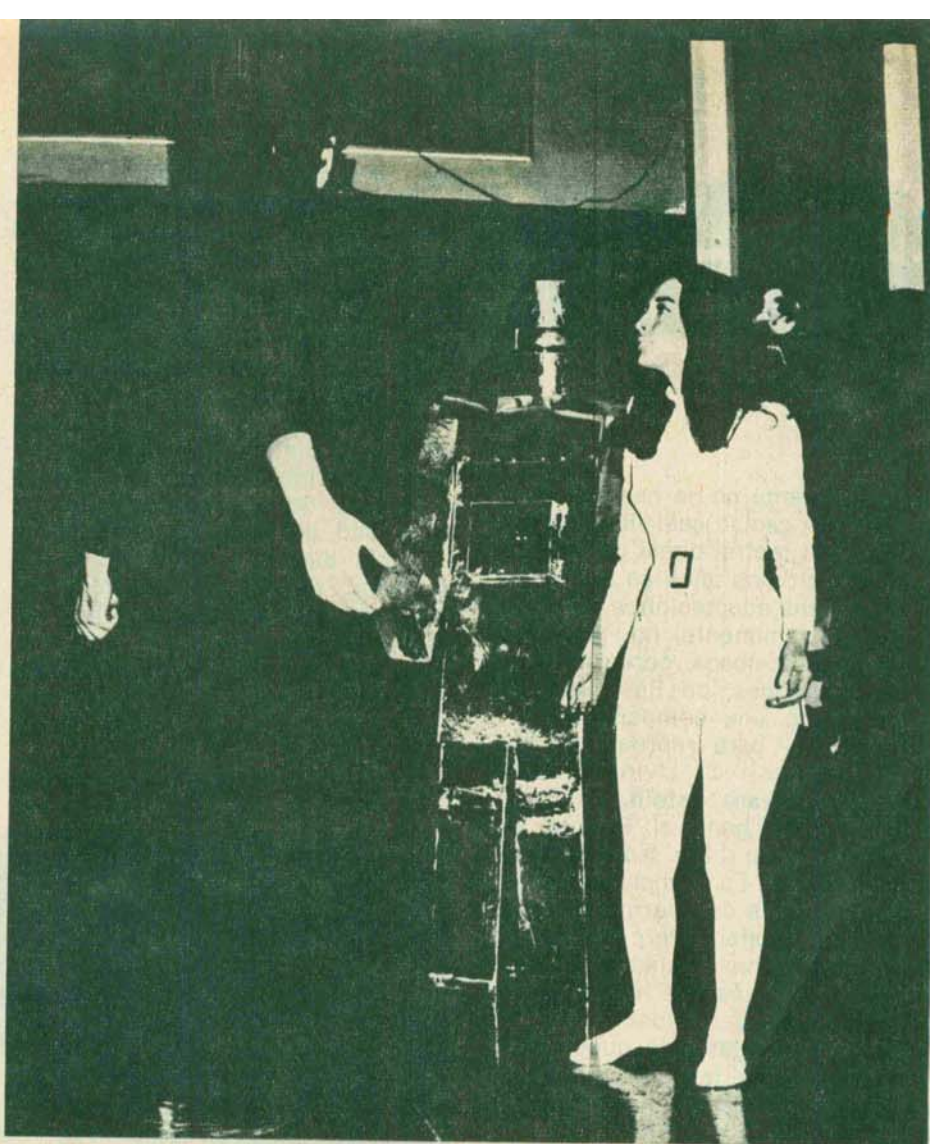
bargo, tan injusta como la de confundir la novela amorosa con la fotonovela. Hay, efectivamente, SF de quiosco (en el peor sentido de este término, porque también en los quioscos se venden las mejores obras de la literatura universal), pero también hay obras de gran calidad literaria. Hay científicos que escriben SF sin capacidad para arribar a la calidad poética, y hay también malos poetas que son impotentes para poetizar la ciencia. Pero hay escritores de gran arranque, como Ray Bradbury, como Ballard, como Sturgeon... Es imposible hacer una apología de los valores literarios de la ciencia-ficción si antes no se invita a leerla, para que cada cual juzgue por sí mismo.

Pero lo que sí es patente es que al menos la ciencia-ficción es una auscultación del presente, aunque esta auscultación parezca más bien un intento de establecer el diagnóstico del futuro. «Dime qué ciencia-ficción es la de tu época y te diré en qué sociedad vives», podríamos decir a los amantes de rastrear corrientes subterráneas, de predecir cataclismos o corrimientos continentales.

Cuando en un futuro muy lejano los historiadores de esa época quieran conocernos, acudirán no sólo a nuestras estadísticas, a nuestros derruidos monumentos y a los esquemas de nuestras máquinas ya corroidas en los museos de la ciencia: leerán también nuestra SF. Y en muchas ocasiones se sonreirán con ironía, porque la sociedad de ellos será muy distinta a la que barruntaron los autores de ciencia-ficción. Pero en otras se quedarán asombrados, como hoy nos ocurre al leer las novelas de Julio Verne.

Toda sociedad es, en efecto, un manojito divergente de futuribles. Lo mismo que el ser humano, la sociedad es potencialmente, en cualquier instante, una encrucijada; la libertad de crear utopías se corresponde con la libertad de crear sociedades futuras, si es que no aceptamos que existe un fatalismo al que se atiene no sólo la trayectoria de los astros, sino también de las civilizaciones.

En el peor de los casos, es decir, en el de las utopías que permanecerán en forma embrionaria, sin llegar jamás a realizarse, a la ciencia-ficción le toca la gloria de la duda, porque "che non men che saper, dubbiar m'agrada". ■ A. A. V.



SODOMAQUINA, DE C. FRABETTI, LA PRIMERA OBRA DE TEATRO DE SF ESCRITA Y REPRESENTADA EN ESPAÑA. LA REPRESENTACION TUVO LUGAR EN UNA «DISCOTHEQUE» DE BARCELONA EN 1969. LOS RECURSOS OPTICOS Y ACUSTICOS DE QUE ACTUALMENTE DISPONEN ESTOS LOCALES, ASI COMO LAS POSIBILIDADES DE INVOLUCRACION DEL PUBLICO QUE OFRECEN, LOS CONVIERTEN EN ESCENARIOS ESPECIALMENTE IDONEOS PARA LA EXPERIMENTACION ARTISTICA EN ESTE CAMPO.

TEATRO Y S.F.

DE R.U.R. AL LIVING

TERESA INGLES

EN 1923 se estrenó en el St. Martin's Theatre, de Praga, con extraordinario éxito, la conocida obra de Capek, R. U. R., en la que por primera vez se utiliza uno de los términos más afortunados de la SF (luego adoptado también por la ciencia): robot. Pero este

inicio aparentemente triunfal del teatro de SF no tuvo, salvo algún intento esporádico, la menor continuidad. Es paradójico que la primera, por no decir la única, obra teatral famosa relacionada con el género sea anterior al nacimiento del término «ciencia-ficción», y que